

—Usted misma puede juzgar— repliqué sonriendo:

—Difícilmente hasta ahora, aun dado el caso de que yo fuera capaz de formar juicio... No se excuse usted, sería inútil después de la conversación que casualmente sorprendí el otro día.

—Señora, he cometido tantas torpezas en poco tiempo, que no debe usted esforzarse mucho para explicarse la confusión y el temor que siento yendo á solas con usted.

—Tiene usted formado un concepto detestable de mí, pero creo que no tendrá inconveniente en reconocer que soy una buena mujer.

—Lo reconozco.

—Creo sincera esta afirmación, porque no le juzgo malo, por más de que á mí me ha tratado con crueldad.

—Es cierto.

—Es usted un hombre incomprensible—dijo la condesita con su voz breve y brusca.—¿Por qué me desprecia usted? ¿En qué le he ofendido? ¿Es usted un santo ó un reformador? ¿No ha tenido usted ninguna querida? ¿Es usted más virtuoso que los otros hombres de su edad y su condición? ¿Qué derecho tiene usted para menospreciarme? Dígamelo.

—Señora, si yo tuviera que reprocharme los sentimientos que me supone, respondería que ninguna persona, ni de vuestro sexo ni del mio, suele tomar su propia moralidad por regla de

su opinión y de sus juicios sobre los otros: se vive como se puede y se juzga como se debe. Bien sabe usted que es una inconsecuencia muy general entre los hombres no hacer aprecio de las debilidades que ellos mismos procuran y explotan. Por lo que á mí se refiere procuro defenderme tanto como puedo contra un rigorismo que considero ridiculo para un hombre y censurable para un cristiano... Y en cuanto á esa conversación, que una casualidad deplorable os ha hecho saber, y en la que mis impresiones, como siempre sucede, han excedido en mucho á mi pensamiento, no trataré de disculparme porque constituye una ofensa que no acertaré á borrar; pero cuando menos procuraré explicároslo con mi habitual franqueza. Cada uno tiene sus gustos y su manera peculiar de ver la vida: nosotros nos diferenciamos de tal suerte en este punto, que yo siento hacia usted y usted hacia mí una antipatía extrema que inútilmente procuraríamos disimular. Esta disposición, que por uno de sus aspectos debía ser modificada esencialmente después de una información concienzuda y amplia, me ha impulsado á hacer manifestaciones aventuradas: estoy cierto de que la dureza de mi lenguaje os ha hecho sufrir, pero podéis estar segura de que vuestro tormento es mucho menor del que yo sufro desde que he reconocido la injusticia irreparable y cruel de mi conducta....

Esta apología, más sincera que brillante, no obtuvo contestación.

En aquel momento atravesábamos la iglesia de la abadía y nos encontramos de improviso mezclados á la retaguardia de la cabalgata.

Nuestra aparición provocó un sordo murmullo...

La señora de Palma fué rápidamente rodeada por un grupo de jóvenes que la felicitaban alegremente por que habia ganado la apuesta.

La condesita recibía los parabienes con marcada indiferencia y, sin duda, para librarse de ellos fustigó al caballo y se puso á la cabeza de la cabalgata para penetrar en el bosque.

El marqués me recibió con afabilidad más acentuada que de ordinario, y sin hacer la menor alusión al incidente que me hacía tomar parte contra mi gusto en esta fiesta cinagética, no omitió ninguna atención que pudiera hacerme olvidar el pasajero disgusto.

Al poco tiempo los perros acosaron á un ciervo y yo los seguí con ardor ya aficionado á esta diversión viril.

A cosa de las cuatro regresábamos al castillo.

Cuando atravesábamos el valle, el crepúsculo dibujaba más netamente sobre el cielo la silueta de los árboles y las cimas de las colinas: una sombra melancólica descendía sobre el bosque y escarcha blancuzca mojaba la hierba de las praderas, al mismo tiempo que una bruma más es-

pesa señalaba el curso y las revueltas del riachuelo.

Estaba yo absorto en la contemplación de este soberbio espectáculo que me recordaba mejores días, cuando me volvió á la realidad la voz de la señora de Palma, que caminaba á mi lado.

—Después de haberlo meditado—dijo con su brusquedad de costumbre,—veo que menosprecia usted mi ignorancia y mi falta de ingenio mucho más que mi pretendida ligereza de costumbres... Concede usted menos importancia á la virtud que al talento... ¿Es cierto?

—No, señora, no es cierto,—respondí sonriendo;—esta vez no ha acertado usted. Ante todo debe ser retirada la palabra menospreciar, que ha pronunciado usted sin razón alguna.

—¿Y una vez retirada?...

—Añadiré que no la creo á usted ignorante y mucho menos falta de ingenio... Además, yo no creo que haya nada sobre la virtud, cuando la virtud existe, cosa que va á ser preciso ir poniendo en duda. Ahora me toca agregar que me sorprende tanto como me disgusta la importancia que quiere usted conceder á mi manera particularísima de ver las cosas... El secreto de mis predilecciones y de mis antipatías es muy sencillo: tengo, como ya creo haber dicho, el más religioso respeto á la virtud, pero la mía se limita á un sentimiento profundo de algunos deberes esenciales que practico lo mejor que

puedo. No debo, por tanto, exigir más á los otros... Respecto al talento, confieso que le concedo gran importancia, y la vida me parece cosa demasiado seria para ser tratada á puntaplés. Además, las producciones de la inteligencia, las obras del arte en particular, son objeto de mis preocupaciones, y es natural, por consiguiente, que encuentre placer en hablar de esto que tanto me interesa. Eso es todo.

—¿Es necesario tener siempre en la boca los éxtasis del alma, los cementerios y la Venus de Milo, para aparecer á vuestros ojos como una mujer formal y una mujer de gusto?... En ese caso tiene usted razón; no hablo nunca de estas cosas. Si me dedicara á pensar en ellas un solo minuto, acabaría por volverme loca... ¿En qué pensaba usted cuando habitaba en la celda del convento?

—He pensado mucho en usted—dijo riendo,— en la noche del inolvidable día en que usted me persiguió con tanto encarnizamiento y yo la maldije con todo mi corazón.

—Eso se comprende.

La condesita rióse de buena gana y luego dijo:

—¡Qué hermoso valle! ¡Qué tarde tan encantadora!... ¿Y ahora me sigue usted maldiciendo?

—Ahora quisiera con toda mi alma poder hacer algo que os asegurara la dicha.

—Y yo la vuestra—dijo sencillamente,

Hice una inclinación respetuosa y caminamos durante algunos minutos sin conversar.

—Si yo fuera hombre—dijo de repente la condesita,—me haría ermitaño.

—¡Qué locura!

—¿No os admira este pensamiento?

—No, señora.

—Tendrá usted que acabar por confesar que no le admira nada de lo que á mi se refiere. Me cree usted capaz de todo, de todo, tal vez hasta de enamorarme de usted.

—¿Por qué no? Cosas más raras han sucedido. Yo la amo á usted y pudiera darse el caso de que se empeñara usted en seguir mi ejemplo.

—¿Me permitirá usted que lo reflexione?

—Si no necesita mucho tiempo...

—El tiempo que sea necesario... Entre tanto seremos buenos amigos.

—Si somos amigos, no hay nada más que esperar—dijo ofreciendo francamente mi mano á la condesita.

Noté que la estrechaba con alguna reserva y dimos por acabada la conversación.

Habíamos subido á la cima de la colina y la noche comenzaba á caer.

Cuando dos horas después salía de mi habitación del castillo para bajar al comedor, encontré á la señora de Malouet en el vestíbulo.

—¿Qué tal?—me dijo riendo.—¿Ha cumplido usted lo que me había ofrecido?

—Religiosamente, señora.

—¿Se ha mostrado usted sumiso?

—Sí, señora.

—Perfectamente; ella está tranquila y usted también.

—Así sea—dije yo.

La noche pasó sin que ocurriera ningún incidente digno de ser referido. Yo hallé placer en hacer á la señora de Palma algunos servicios que ella no me había pedido. La condesita dejó de bailar dos ó tres veces para bromear conmigo, y cuando sali del salón me siguió hasta la puerta con los ojos, para despedirme con una mirada sonriente y cordial.

Ahora te suplico, amigo Pablo, que te dediques á entresacar el verdadero sentido y la moraleja de esta historia. Tal vez juzgues, y así lo deseo, que sólo una imaginación quimérica puede dar proporciones de acontecimiento á este episodio vulgar de la vida; pero si quieres encontrar en los hechos que te llevo referidos el menor gérmen de un peligro, el menor elemento de una complicación sería, dímelo: en este caso rompo con todo y olvidándome de que mi trabajo me fuerza á estar aquí diez ó doce días más, dejo el castillo y vuelvo á París.

No amo á la señora de Palma; no puedo ni quiero amarla. Sin embargo, la opinión que sobre ella tenía formada se ha modificado esencialmente.

Desde ahora la miro como una buena muchacha.

Su cabeza es ligera y lo será siempre; su conducta es mejor de lo que creen los demás, tal vez mejor de lo que ella misma supone; en fin, su corazón es sano. Siento hacia ella sincera amistad que tiene algo de paternal, pero que no pasará de esto.

La sola idea de que pudiera ser su marido me hace reír, y por un sentimiento que tú apreciarás, la idea de ser su amante me causa horror.

En cuanto á ella, la creo dominada por la sombra de un capricho, pero muy lejos de la pasión.

Ahora ya no soy su enemigo y creo con la señora de Malouet que esto le bastará. Sin embargo, deseo conocer tu opinión. Creo necesario recordarte, Pablo, al terminar esta consulta, á la que precede un relato con ciertos pasajes que exhalan un perfume sospechoso, creo necesario, digo, recordarte, amigo mío, que no soy un fatuo.

Te he dicho la verdad.

La fatuidad no consiste, tal es mi opinión, en creer que una mujer te estreche la mano cuando en realidad te la estruja, sino en hallar punto de apoyo para la vanidad en un hecho tan frecuente, no reservado para premiar el mérito verdadero.

Siempre recuerdo al comediante de la lengua achacoso, ensoberbecido y necio, que me refería que una mujer encantadora le decía una noche: «¡Oh, tú no eres un hombre, sino un dios!» El más feo de los mortales es nuestro amigo G., del Instituto, y, sin embargo, ha tenido también el placer, una vez en su vida, de que una boca de mujer le dijera que es hermoso como un ángel. Siempre ha ocurrido lo mismo, y por eso, siempre, fatuo ha sido sinónimo de tonto. No hay ciego que deje de encontrar un perro que le siga.

Buenas noches.

VII

7 Octubre.

Querido Pablo: tomo parte con todo mi corazón en tus pesares; pero habrás de permitirme que, juzgando por lo que en tu carta me aseguras, te diga que la enfermedad de tu excelente madre no ofrece ningún sintoma inquietante. Es una de esas crisis dolorosas, pero sin peligro, que la proximidad del invierno recrudece casi invariablemente todos los años. Ten paciencia y el valor que necesitas.

Necesaria ha sido la expresión formal de tu deseo para que ose mezclar mis pequeñas miserias con tus serias preocupaciones.

Como te han hecho prever tu buen juicio y tu amistad, cuando recibí tu carta tenía más necesidad de consuelos que de advertencias.

No tengo el corazón tranquilo y, lo que es aún peor para mí, no estoy tampoco seguro de la tranquilidad de mi conciencia.

Sin embargo, creo haber hecho lo que el deber me dictaba. ¿He acertado? Tú juzgarás. No puedes figurarte, amigo mío, la envidia estúpida con que muchas veces veo á muchos ceder sin escrúpulo, sin luchar y por el puro espíritu de la brutalidad, yendo resueltamente hacia lo que les agrada ó huyendo de todo lo que les repugna.

¡Cuánto tormento da la conciencia á un alma naturalmente buena que no va guiada por principios ciertos ni sostenida por una fe positiva!

Vuelvo á tomar mi relato en el punto en que lo dejé interrumpido.

El día siguiente al de nuestra explicación puse exquisito cuidado en mantener nuestras relaciones amistosas, que en mi opinión era el único género de inteligencia posible entre nosotros.

Me pareció que la condesita se mostraba animada de la misma vivacidad que de ordinario; únicamente creí notar que su mirada y su voz, cuando hablaba conmigo, tomaban cierta dulzura impropia de esta loquilla.